

TIERRA MOJADA

El Tuerto le coge de un brazo, Cicatriz del otro. Los pies del hombre arrastran por el barro dejando un surco en la tierra como si acabaran de arar la zona. La lluvia cae incansablemente sobre la ciudad, sin gran violencia ni espectacularidad pero con una monotonía incesable. El cielo está cubierto de nubes oscuras, tan negras como el destino del hombre al que los matones agarran. Él es Tomás, el líder de una banda que actúa en materia de drogas por los barrios marginales y en ocasiones a mayor escala. Ellos son dos de los secuaces de El Pelicano, jefe de la mayor banda de tráfico de armamento del país y con sedes a nivel mundial. Tomás no deja de revolverse, sin embargo El Tuerto y Cicatriz son hombres fornidos, no hay nada más que ver la cantidad de moratones que adornan la cara de su víctima. Y cuando la policía (en parte comprada por El Pelicano, en parte sobornada por el propio Tomás) encuentre los cadáveres de los guardaespaldas del narcotraficante, quedará patente la enorme violencia de ambos tipos.

-¿Cuánto os da él? Os pagaré el doble.

El silencio de ambos es sepulcral, parece como si ambos carecieran de sentimiento alguno. El Tuerto (nadie sabe a cuento de que viene su apodo ya que tiene sus dos ojos sanos) lleva una inquietante bolsa de deporte negra en la mano que no utiliza para agarrar a Tomás.

-Mierda. Decidme lo que queréis. Os lo daré.

Tanto el uno como el otro guardan silencio, aunque ambos meditan más de lo debido la proposición. Sin embargo saben las consecuencias que eso acarrearía, saben como se las gasta El Pelicano con los traidores. Todo el mundo tiene un precio, pero nadie de su banda se atrevería siquiera a ponerlo.

-Soltadme, por favor.

Tomás empieza a gimotear, sabe exactamente lo que le depara el futuro. Un tiro en la nuca, quizás un disparo en la sien. O una puñalada en el estómago, tal vez una corbata colombiana... Solo espera que no le hagan mucho daño, que no le torturen demasiado.

La calle está vacía, y más por la zona por la que caminan furtivamente tan siniestra compañía. Los extrarradios de la ciudad no son zona grata para las gentes de bien, y ni siquiera los eventuales drogadictos y vagabundos se atreven a salir con la que está cayendo. Tomás grita pidiendo auxilio. Una patada en la boca del estómago por parte de Cicatriz le calla de golpe. Nunca debió jugársela al Pelicano...

Tomás no sabe donde le llevan. Han pasado al menos dos horas desde que aquellos peligrosos hombres irrumpieron en el local donde se encontraba con sus difuntos guardaespaldas, y casi media desde que le sacaron a empujones del coche y comenzaron a caminar.

-¿Qué vais a hacerme? Dios, decirme al menos eso.

Silencio.

La lluvia cae sin cesar, los tres personajes que centran nuestra atención están calados hasta los huesos. Sus botas están llenas de barro, al igual que el bajo de sus pantalones, y sin embargo no dejan ni un momento de andar.

-¿Aquí?- dice repentinamente Cicatriz.

-Creo que aquí valdrá. Ya estamos suficientemente lejos.

-Sí.

Aunque Tomás sabe exactamente de lo que trata tan breve conversación, casi agradece escuchar al fin una voz que no sea la suya.

-¿Qué vais a hacerme? Por Dios, decirme que será rápido. Solo os pido eso...

El Tuerto y Cicatriz sueltan a su víctima. Tomás siente un terrible pinchazo de dolor en cada brazo, justo a la altura donde le han tenido agarrado durante tanto tiempo. Siente palpar la zona, como si una mano invisible siguiera apretando.

El Tuerto deja la bolsa en el suelo de barro, Tomás hace amago de escapar intentando salir corriendo, Cicatriz lo impide de un estremecedor golpe en la mandíbula.

-Abre la bolsa- dice El Tuerto. Está empezando a cansarse de esa pantomima, habría sido mucho más fácil cargarse a aquel cabrón al mismo tiempo que a sus guardianes. En opinión de El Tuerto no hay nada más eficaz para un ajuste de cuentas que una buena puñalada en el estómago. Sin embargo las órdenes del Pelicano eran concisas. Y nadie en su sano juicio llevaría la contraria al Pelicano.

Tomás sangra por la nariz y un diente baila en el interior de su boca. Nota el metálico sabor de su propia y vital sangre en la garganta, casi pueda mascarla como si de un chicle se tratara. Le duelen todos los músculos, todos los huesos. Sin embargo sabe que si no se agacha y mira en el interior de la bolsa, alguno de esos bastardos le propinará algún otro golpe. Y ya le duelen demasiadas cosas como para permitirse otra paliza. Da un par de pasos hacia la bolsa, que aguarda impasible bajo las gotas que proporciona la noche. Se escurre al llegar, pero en el último momento consigue mantener el equilibrio. Ya que voy a morir, piensa, al menos guardar un mínimo de dignidad. Abre la cremallera y lo que ve dentro de la bolsa no le sorprende en lo más mínimo.

-Sácala- dice Cicatriz mientras seca su frente con el dorso de la mano. Está deseando que todo acabe, está empezando a hartarse de permanecer bajo la lluvia como un estúpido.

Tomás obedece. Saca la pala y la muestra tembloroso ante los que van a ser sus ejecutores.

-Cava- ordena El Tuerto. Ha sacado la pistola y apunta a Tomás, ese maldito cabrón que osó traicionar al Pelicano. No quiere que haya sorpresas de última hora, no sería la primera vez que alguien con el que debían acabar se dedicaba a dar palazos a diestro y siniestro en busca de una posibilidad remota de escape.

-No- dice tartamudeando Tomás. Ya que le van a matar de todas formas, que caven ellos.

-Quizás no lo entiendes. O cavas o te hacemos daño.

Tomás se lo piensa un instante y luego tira la pala al suelo.

-Hacedlo vosotros- puestos a morir, le susurra su orgullo, al menos hacerlo con dos cojones.

Dos minutos, una navaja y una oreja menos después, Tomás empieza a cavar.

La lluvia arrecia, las horas pasan y Tomás se encuentra cada vez más cansado. La sangre que brota de donde hasta hace solo un rato pendía una oreja no cesa de salir incansable, como si pudiera permitirse el lujo de faltar en las venas de su dueño. Tomás está cada vez más mareado, no hay más que verle, y solo desea que todo acabe de una vez, que aquellos mercenarios hijos de mala madre terminen su trabajo y le den su merecido descanso.

-Ya basta- dice Cicatriz echando un breve vistazo al hoyo que acaba de cavar Tomás. Cientos de gusanos salen de entre la tierra y se retuercen junto a las botas del tipo al que se disponen a liquidar. Parece un agujero lo bastante grande como para albergar un cuerpo humano, de eso no hay duda.- Sal de ahí.

Tomás mira hacia arriba y empieza a subir no sin dificultad por las escurridizas paredes del hoyo que ha perpetrado. Cuando llega a la superficie tiene las uñas destrozadas, sangra por cada una de ellas, y los dos matones le esperan con claras intenciones homicidas. Él mismo ha mandado más de una ejecución en lo profundo de

algún bosque apartado para algún traidor o algún rival cercano y peligroso. Nada de lo que sucede le puede sorprender. Él es como El Pelicano. Nunca debió traicionarle, nunca debió meterse en sus negocios. Las consecuencias se le antojan crueles pero justas.

-¿Alguna última voluntad?- dice Cicatriz.

Tomás mira al cielo y la lluvia empapa reconfortantemente su rostro.

-Que me dejéis libre no vale, ¿verdad?- dice sin el menor vestigio de humor, mientras siente cada vez más cerca su desvanecimiento moral y físico.

Ambos matones esbozan algo similar a una sonrisa.

-Entonces ya sé lo que deseo- dice recobrando por un instante la compostura.- Deseo que tú, maricón de mierda, saques tu pipa y pegues un tiro al cabrón mutilado de tu compañero. Luego puedes acabar con tu miserable vida de rata de cloaca.

La sonrisa desaparece de sus labios tan rápido como apareció.

-Date la vuelta.

“Bueno, ya está. Este es el fin”, logra pensar Tomás.

-Adiós, gilipollas- escucha decir al Tuerto antes de que un fogonazo rojo inunde sus sentidos.

No sabe cuanto tiempo ha estado sin sentido, pero las palabras del Tuerto aún resuenan en sus oídos como una burlona letanía. ¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué Demonios no está muerto? Intenta moverse, pero un dolor inexplicable le atenaza la parte posterior de la cabeza y la nuca. Siente la lluvia sobre su cara, por lo que decide abrir los ojos. Lo que ve le deja paralizado. Ahí arriba puede ver los rostros de Cicatriz y El Tuerto observándole sin malicia; uno de ellos (no podría asegurar cual, parece como si todo diera vueltas en su cabeza) coge la pala con furia. Acto seguido nota algo que golpea su

cara. No tarda mucho en adivinar de qué se trata. Es barro, sucio barro infectado por multitud de gusanos. Están ocultando el hoyo. Y él está dentro. Vivo. Y lo más peliagudo; ellos lo saben, esas son sus órdenes. El Pelicano ha ordenado que le entierren vivo. Otro golpe de barro cae sobre su boca, tragando un poco y tomando plena conciencia de su inminente final.

El Pelicano deja la copa de coñac sobre la mesa tras saborear el delicioso manjar. Es un tipo gordo y calvo, y aunque su aspecto no causa gran temor, todos en la ciudad saben como se las gasta. Nadie se atreve a llevarle la contraria, ni siquiera a nombrarle furtivamente. Él lo sabe y se siente orgulloso. Se mira en el espejo y enarca las cejas. El muy hijo de puta de Tomás debía estar ya muerto, no sin antes haberle hecho sufrir un poco preparándole un merecido entierro en vida. Solo de pensar en su cuerpo aún despierto en el hoyo de un lejano descampado le hace sonreír. Su nariz es grande, cree que es por eso por lo que le llaman El Pelicano, y aunque no le gusta demasiado el apodo, lo acepta. Si supiera que el verdadero motivo de tan peculiar mote es su preocupante olor a pescado, las cosas serían muy diferentes; seguramente haría matar a todo aquel que le llamara de tan ofensiva manera en cuanto las palabras empezaran a brotar de su blasfema boca.

Abre un cajón de la mesilla y saca una caja de puros, los mejores que pueden traerle de contrabando. Le salen caros, el precio es abusivo. Y la verdad es que no le gustan demasiado, su sabor y aroma son un tanto fuertes. Sin embargo los fuma porque está seguro de que le aportan clase. Un poco de respeto en forma de apestoso tabaco no

puede desperdiciarse así como así, medita. Sin embargo ahora no le apetece, cierra el cajón de un fuerte golpe y mira justo tras de sí.

La cama le espera al fondo de la habitación. Hace menos de una hora que se ha marchado la putita que le han mandado desde el local de desnudos cuya propiedad le pertenece. El Pelicano está satisfecho de sí mismo, ha sido uno de los mejores polvos de su vida. La cama está desecha, con las sábanas arrugadas a la altura de los pies. Se acerca a ella y huele el colchón. Aún huele a perfume del caro, ese que las putas de lujo usan a granel. El Pelicano se lanza hacia el colchón dando un ridículo salto y cae sobre la cama de matrimonio con un pequeño bote. Una vez tumbado, se estira como si fuera un galgo y se pone boca abajo, inspirando el olor a mujer que ha quedado impregnado en las sábanas. No hay nada como matar a un rival y follarse a una puta de las buenas, piensa. Y las dos cosas en el mismo día ya era lo más parecido al Paraíso que podía permitirse.

Nota algo en la nuca, algo viscoso que se desliza por detrás de su sobrio pijama azul marino. El Pelicano se retuerce para meter la mano por la parte de arriba del pijama, agarra lo que le causaba tan siniestras cosquillas y lo lanza al suelo. El gusano es negro y de considerables dimensiones, y aprovecha su leve contacto con el suelo para deslizarse hacia la puerta del cuarto. El Pelicano lo mira con asco. ¿Cómo ha podido llegar eso hasta su cuarto? Se gira en la cama para mirar hacia arriba. El espectáculo que ofrece el techo le hace gritar momentáneamente. Todo está lleno de bichos, gusanos de variados tamaños y colores, cucarachas y escarabajos negros como la noche. Y todos se mueven por el techo, y algunos caen torpemente hacia el suelo y sobre sus sábanas. El Pelicano salta de la cama para salir del cuarto justo cuando un gusano gordo y largo le cae sobre la cabeza. Lo aparta de un manotazo y oye como el rollizo cuerpo quitinoso

cae al suelo. ¿De donde salen? ¿Cómo han podido entrar en lo que a él le gusta considerar su Fortaleza?

Una cucaracha revolotea torpemente junto a su oído, es el ruido más espantoso que ha escuchado en su vida, ni siquiera comparable al ligero sonido de una cuchilla deslizando su afilada hoja sobre la piel.

El Pelicano está a punto de gritar, le falta bien poco. Lo único que le impide hacerlo es una forzada hombría que debe aunque sea aparentar ante sus “empleados”. ¿Qué tipo de bromas harían a sus espaldas si supieran que su tiránico jefe había gritado ante la simple visión de unos inofensivos (aunque asquerosos, eso sí) gusanos? Traga saliva y camina lo más deprisa que sus rollizas piernas le permiten hacia la puerta de salida. Tras esa puerta de madera se encuentra La Libertad, una libertad libre de bichos como esos que ahora corretean a sus anchas por el suelo y paredes de su cuarto.

Coge el picaporte y lo gira. Una figura, nada más que una figura, le espera en el umbral de la puerta. Huele mal, como a tierra mojada, y le mira con unos ojillos rojizos y sin vida.

-No puede ser. Me dijeron que moriste- consigue balbucear el Pelicano.

-Te informaron bien- la voz suena hueca, muy lejana, casi como desde otra dimensión aún por descubrir.

El Pelicano da dos pasos atrás, la oscura figura los da hacia delante. La puerta se cierra tras ambos. Puede escucharse el leve siseo de una multitud de gusanos desliziéndose por todos lados. Alguien está a punto de morir en esa habitación cerrada.